

203

AL RICO HELADO

José Agustín Goytisolo

Helado me quedé yo por culpa de los helados. Me encantan, pero me entero de que los españoles consumimos más de ochenta mil millones de pesetas en helados cada año. Del susto pasé a la alegría más patriotería; ni que yo fuese un fabricante de helados. Sí, sí, tanto dinero para chupar, comer, lamer y tomar a cucharaditas los tentadores helados. Antes, y cuando digo antes quiere decir antes de la guerra civil, el helado era un producto artesanal y de temporada, es decir desde la primavera hasta la entrada del otoño. Se solía comprar a vendedores ambulantes o bien se hacía en casa a base de remover una pasta cremosa metida en un envase de metal, rodeado de hielo machacado, y contenido en un recipiente mayor dotado de manivela. Pero ahora el helado se consume durante todo el año, y está muy bien que sea así.

Ni que decir tiene que los helados de hoy día son mucho más sabrosos y variados que los de antes: aquí no caben nostalgias.

Además, puedes encontrarlos en cualquier parte: supermercados, bares, restaurantes, chiringuitos... Y los hay de toda clase de gustos; pero en donde se ha conectado mejor con el mundo infantil en la fantasía de su presentación: helados en forma de dedo o mano, de personajes conocidos, de muñecos, de animales, de armas que aparecen en manos de extraterrestres y también de diversos colores y formas inconcebibles, casi barrocas: estamos en la época del helado tridimensional, que ha disparado su consumo.

La gente a la que nos llaman mayores, solemos consumirlos como postre, tanto en restaurantes como en casa, pues el congelador ha liberado a los niños a tener que ir hasta el bar de la esquina para traerlos a casa. Sí, el helado hispánico ha mejorado mucho, es de nivel europeo, y ya se exporta a Portugal, Francia e Italia. Y resulta además que es sano y contiene más proteínas que la leche. Todo esto nos lo perdimos por haber nacido hace mucho tiempo.